

Slavoj Zizek
Arriesgar lo imposible
 Madrid : Trotta, 2006

Un DJ filósofo

Hablaba Gilles Deleuze de la conveniencia de devenir “Pop filósofo”, y se refería metafóricamente a Bob Dylan. Ahora al nombrar al filósofo esloveno Zizek se acude habitualmente a la expresión deleuziana. Si bien, él es más bien un disc-jockey que en su sintetizador enlata muchos sonos: así podremos escuchar atmósferas densas tipo Joy Division, o ambientales a lo Brian Eno, o ritmos más bailongos onda Talking Heads, o dificultosos y oscuros propios de Nick Cave & The Birthday Party, para pasar a momentos velvetianos, pearljamianos, o de Chemical Brother, (y...ino sigol!). En el autor de *El sujeto espinoso* se eleva el mix y el remix al altar de lo culto; mezcla gozosa —y multidireccional— de ligereza y densidad. Y así, si el de más allá hablaba de filosofar con el martillo, o el otro proponía la *deriva* como manera de pensar en los lindes de la apatía teórica, en el caso que nos ocupa estamos ante un pensamiento veleta, y ello a pesar de que los ejes sobre los que dice sustentarse son pensamientos fuertes: el psicoanálisis lacaniano y el materialismo histórico, aderezados con continuas referencias a productos culturales —e ideológicos— de la actualidad, en especial, cinematográfica. Con Zizek se pasa de un sesudo análisis de lo Real en Lacan, o la visión heideggeriana de la historia de la filosofía, a sutiles análisis de *Matrix*, o de objetos banales como los huevos Kinder o los tamagoshi... ¡Y así!

En el libro de conversaciones mantenidas con Glyn Daly se nos presenta al filósofo en pleno ejercicio centrífugo, con un tono desenfadado (huella de la ironía socrática) y hasta descuidado, deambulando por los temas que le son caros; mostrando sus fobias y sus filias, y sus opiniones sobre distintos filósofos y temas (¡ay la pena del muerte! ¡ay el multiculturalismo!...) a través de las que, por momentos, se desprende cierto tufillo eurocéntrico. Material que bien puede servir como acercamiento a este pensamiento difícil de caracterizar, siempre en movimiento y que subsume el derecho y el revés (en buen hegeliano) y que en su plenitud energética desborda cualquier límite y cualquier concepto anquilosado (hasta los de los propios autores a los que pretendidamente sigue, y a los que maneja a su antojo) hasta los mismos bordes de lo virtual (*Bienvenidos al desierto de lo real*). Se inicia, el libro, con datos biográficos de sus años de formación y su despertar del sueño despistado-cinematográfico a la opción filosófica por medio de Kant; luego vendrían Heidegger, Derrida y Lacan; sin olvidar todas las peripecias en medio estalinista, que tanta importancia tendría en la conformación de su *superego*. Desde tal base se irán desplegando sus teorías sobre el sujeto (con claros tintes cartesianos), sus incursiones y maridajes entre la negatividad autorelacional del idealismo alemán y la pulsión de muerte freudiana, unas sagaces puntualizaciones a las posturas cognitivistas, su inversión de la conceptualización de la ideología, un desmenuzamiento de lo Real (Real real, Real simbólico y Real imaginario; y revicerversas) para acabar con sus análisis —contracorriente y pepitogrillescos— sobre la globalización. Siempre el teologismo (lo



imposible y universal como sucedáneo de la divinidad) y el teleologismo (la esperanza en un fin en que los objetivos antes nombrados sean posibilitados) acompañan el peregrinar zizekiano.

Queda claro sólo con nombrar algunas de las recurrentes referencias (Lacan, Kubrick, Lenin, Deleuze, Hegel, Badiou, Hitchcock, Resnais, Scorsese, *pêle-mêle*) que estamos ante un pensamiento volátil, esquivo y con límites borrosos en lo que hace a lo conceptual y a los precisos diagnósticos de los tiempos presentes, objetivo que al fin y al cabo es el que parece tratar de elaborar el pensador, suministrando una repleta “caja de herramientas” para esta actualidad, herramientas que pueden resultar para el usuario absolutamente desconocidas, por no habituales, y así inservibles. Pensamiento cuyo intento no disimulado es descolocar a los pensamientos trillados, cambiar el escenario —o el guión— considerado el apropiado, tanto en lo que hace al vocabulario comúnmente aceptado (ahí están sus arreglos de cuentas con los tan manidos tolerancia, totalitarismo...); es como si pretendiese trampear la realidad (o la hiperrealidad —ya trapeada— que se nos da como tal), a los participantes de ella, y a los distintos análisis que se vanaglorian de haberla, poco menos que, disecado. Trastornar las reglas de juego del discurso filosófico sobre lo social, cambiar los comportamientos asignados a cada cual en el rol atribuido en el escenario colectivo... no tanto resistiendo, sino manteniendo una postura de espera —en estos tiempos de vacío— a la par que de preparación del terreno apropiado para alcanzar esa deseable comunidad universal, senda iniciada por la ruptura paulina —interpretación en perfecta sintonía con Alain Badiou— corte con el carácter étnico del pueblo elegido para proponer la unión electiva de la colectividad revolucionaria (transformadora) a la que uno desea pertenecer, abriendo así la militancia a un horizonte universal, que luego sería continuada por Lenin, y demás *tovariches*. En esa dirección, y en estos tiempos de cierto estancamiento, es en los que Zizek viene a proponer, una intensiva siembra que prepare la cosecha, o la síntesis... Un pensamiento empeñado en agitar las pasiones políticas e incitar a la discordia, a la intolerancia... con el fin de soliviantar a la sociedad bienpensante y sus consolidados —e insuperables— cánones. Una reflexión —de altura y de bajura— que abre innumerables caminos a la rumia y al debate. Zizek es un agitador de las buenas conciencias o de los pensares fosilizados.

Supone así la diseminada filosofía del autor un compromiso ético en pos de la universalidad, manteniendo en alto la bandera de lo abierto, frente a lo dogmático, a la *political correctness*, que obstaculizaría la marcha de la libertad, y se empeñaría en desactivar ese quietismo indeciso, en persistente y tenaz epojé, que es el propio del personaje de Melville, que se empeña en repetir “I would prefer not to...”, que, significativamente, parece que será el tema de su siguiente libro. Iñaki Urdanibia